

14.

A Joaquín siempre le había gustado el orden. Desde niño era obsesivo, le había dicho su madre, y hacía unos berrinches espantosos cuando alguien osaba mover alguno de los objetos que metódicamente había acomodado en el suelo. Pero nunca imaginó que aquella obsesión por el orden y la perfección lo fuera a llevar a esa profesión tan extraña que ejercía hoy en día: maquillista de alimentos. La gente reía cuando escuchaba la respuesta a la trillada pregunta para abrir cualquier conversación: ¿y tú a qué te dedicas? Ya estaba acostumbrado, pero lo que más le molestaba era tener que explicar, una y otra vez, en que consistía su trabajo. Algunas veces, decía irritado: "Pues sí, así como lo oyes, maquillo comida". Su trabajo como fotógrafo publicitario lo condujo a esta profesión. Un día vio cómo, en la filmación de un comercial de televisión, un hombre se acercaba con sumo cuidado a un plato desbordante de cereal y maquillaba con un pincel muy fino, las hojuelas de maíz y las retocaba con pequeños puntos de brillantina. Joaquín observaba cómo se podía pasar horas retocando un chícharo para darle más textura o bien graduar el brillo de una manzana.

Prefería comer en casa y ordenar el plato con meticulosidad. La carne al centro, perfectamente alineada y un poco a la derecha en un ángulo de cuarenta y cinco grados, el puré, y a la izquierda una pequeña ensalada, con las lechugas frescas y los espárragos en diagonal con las puntas hacia arriba. Para Joaquín el ir a un restaurante cualquiera y ver cómo le servían el plato le daba náuseas: el pollo con el pellejo salido, las papas desordenadas, la

ensalada encrespada. No resistía ver comida que no fuera estética, que no brillara como la fruta que maquillaba y fotografiaba todos los días.

Unos granjeros descuartizaban un cochino que chillaba. El cuchillo, la sangre, las vísceras escurriendo. Hígado, intestinos, el corazón latiente sobre el plato. Aún tibios, su madre le servía sonriente estos manjares y lo forzaba a comer. Joaquín despertaba sudando, se lavaba la cara e iba a tomar un vaso de agua helada. A la mañana siguiente sólo lograba desayunar un pan tostado con una rebanada de queso, simétrica al pan.

Joaquín recuerda con precisión el día en que decidió volverse chef. Estaba en Nueva York y Edward Smelkes, el gran productor de comerciales había invitado a varias personas de su equipo a cenar. Habían filmado un anuncio multimillonario de un nuevo hotel, y Joaquín era responsable de la fotografía artística y maquillaje de la comida del restaurante. El amplio salón del lujoso restaurante *Julien* presentaba mesas con manteles de lino recién planchados, vajilla blanca de *Limoges* y cubiertos de plata. Todos sus sentidos se agudizaron para no perderse aquel suntuoso espectáculo. Joaquín no perdió de vista ni un solo detalle: las cortinas de seda que caían son suavidad, los meseros impecables que iban y venían, la textura de la piel de borrega de los menús, el olor a pan recién horneado. De repente volteaba e intentaba sonreír a alguno de los demás comensales. Por fortuna, era una mesa grande y la plática fluía. Algunos compañeros de Joaquín trataban de decir algo interesante para impresionar al señor Smelkes y su equipo. Joaquín no era ningún ingenuo para saber que los habían contratado porque su salario era

casi cinco veces menor al de cualquier otra persona dedicada a la publicidad en ese país.

El vino relucía en las copas del fino cristal. Joaquín no quitaba la vista de los distintos platos que los comensales habían ordenado: terrinas montadas en tableros de verduras finamente picadas, langostas engarzadas sobre espejos de finas hierbas, costillas doradas de cordero alineadas en medio círculo con volovanes crujientes de papa y poro. Ni que decir de los postres que siguieron: paleta de merengues con frutas de la pasión, *mousse* de chocolate rodeada de almendras praliné, *petits fours* multicolores que parecían bailar sobre el plato. Joaquín intentaba calcular mentalmente los centímetros que separaban cada elemento que se fundía en total armonía con el otro. Lo más impresionante era saber que ninguno de esos platos tenía colorante, y por supuesto ningún pincelazo o retoque. El chef, pensó, y las personas que arman estas obras de arte son unos genios. El sabor era sublime, indescriptible. Los ingredientes danzaban en su lengua, acariciaban el paladar sutilmente, dejaban su textura y sabor en la mente, para siempre.

- ¿Qué te pasó güey?. No hablaste ni un segundo y parecías un lelo que nunca había comido en un buen restaurante, le dijo Ricardo, su compañero fotógrafo.

Fue así como inició la pasión gastronómica de Joaquín. Se levantaba temprano para ir al mercado de San Juan antes de ir a trabajar. Las verduras no estaban tan frescas en la tarde y le emocionaba escoger las calabacitas recién sacadas de las grandes cajas de madera. Se había hecho amigo de todos los marchantes que se reían al ver que Joaquín sacaba su cámara y tomaba fotos de las pilas de

jitomates o de las pirámides de chiles anchos antes de hacer su compra.

- Tú comes con la vista chamaco. Le había dicho un día Lola, su marchante de verdura.

15.

Eran solo él y su chelo; un dúo, un unísono y así tenía que ser.

A Jan le cansaban tantos viajes, estar en hoteles mediocres o de lujo le daba igual, tan sólo extrañaba a Plac, su gato de los grandes ojos verdes que lo miraba sin cesar y se acurrucaba a sus pies mientras él ensayaba. De niño sólo se arrullaba con los graves acordes del chelo y un poco mayor, se detenía con su padre frente a algún músico en la calle, pasmado, embrujado por los sonidos. A los seis años su padre que no tenía mucho dinero pero que era un ferviente amante de la música y escuchaba a diario con su mujer y su hijo algunas transmisiones de conciertos en la radio, decidió llevarlo al conservatorio. Recorrieron sus largos pasillos desde donde se desprendían ínfimos acordes en total armonía. Mientras el director le hacía unas preguntas a su padre, Jan había salido de la oficina y se asomaba a uno de los salones en dónde un grupo de niños un poco mayores que él, practicaban con la flauta delante de una maestra vestida de gris.

- Usted lo verá, señor director, el niño se hipnotiza con la música, no presta atención a nada más, le dijo el padre mientras llamaba en vano a Jan para llevárselo a casa.

El padre de Jan lo llevaba todos los días después del colegio al conservatorio. El gobierno checo era muy estricto en la educación de los niños y por lo tanto para ingresar al conservatorio era indispensable que éstos continuaran con su educación escolar. También había sido una condición del padre, Jan tenía que ser buen estudiante para continuar en sus clases de música. Sin embargo, los

maestros de la escuela Jan les comentaban preocupados a sus padres, que el niño se sentaba siempre frente a la ventana y miraba a lo lejos sin prestar atención a la clase. Otras veces lo veían garabatear partituras en un arrugado pedazo de papel.

Jan había empezado con clases de música y solfeo y muy pronto lo habían introducido a diversos instrumentos. Primero la flauta, después el violín y finalmente con su verdadero alter ego, el violonchelo. En la adolescencia, después de concluir sus estudios básicos que exigía el gobierno, los padres decidieron que no valía la pena forzar a su hijo en una educación tradicional. Estaba claro que Jan vivía en la música y que nada más le interesaba. Fue entonces cuando Jan ingresó de tiempo completo en el conservatorio *Konstinklass*, el más prestigiado de Praga.

Jan salía del conservatorio alrededor de las cuatro de la tarde. En invierno, el sol ya se escondía en la gruesa capa gris que cubría las calles empedradas de Praga. Su madre lo esperaba con una merienda de *zivobytí*, un panqué de pasas que ella misma horneaba, y un gran tazón de café con leche. Sabía que eran los únicos instantes que pasaría con Jan cuando éste llegara del conservatorio. Sonarían los pasos de la escalera, un leve abrazo, se sentarían unos momentos sin hablar, los dos comiendo sin mirarse.

Sí, bien, gracias. Se limitaría a contestarle Jan.

Estas simples palabras eran suficientes para su madre. Sabía que no podía pedir más y el compartir el panqué con su hijo frente a la humeante taza de café, eran momentos únicos para ella. El último sorbido era el anuncio del final de ese breve encuentro entre madre e hijo, antes de

que éste se retirara a su cuarto y ensayara hasta el amanecer.

Marenze, la madre de Jan, era una mujer de unos cincuenta años de edad, cansada de tanto esperar. Esperar algo que ni ella misma sabía, un anhelo inconcluso que se esfumaba cada día como un suspiro. Había sido educada como casi todas las mujeres de su generación. Sus padres eran campesinos y la habían llevado con una tía que vivía en la capital, para que conociera el mundo y aprendiera a coser. Ambos sabían que esa estancia tenía como único fin que la joven muchacha de rostro pálido y ojos grises como el mar turbio, conociera a alguien que la pudiera sacar de la miseria a la que sería condenada de otro modo. Y fue así como Marenze conoció a Franz. Guiada por sus tías, Marenze aplicó todos los consejos que éstas le daban y a los pocos meses se encontraba frente al humilde altar de la iglesia de piedra de su pueblo natal, rodeada por algunos parientes y amigos que le sonreían más por compasión y ternura, que por felicidad. Franz era ebanista y desde muy pequeño su padre le había enseñado el oficio más noble y digno, como solía referirse. Vivían en un pequeño ático en el cuarto piso de un viejo edificio en las afueras de Praga. El primer violonchelo que tuvo Jan, fue prestado por el conservatorio. El maestro de Jan peleó en el consejo del conservatorio, para que le otorgaran el instrumento al niño aunque era todavía muy pequeño para éste y se tenía que parar en un banco para alcanzar todas sus cuerdas.

Jan tenía los dos elementos que se necesitaban para ser buen músico: disciplina y pasión. El talento de Jan se hizo palpable desde el inicio. Era el mejor alumno de sus clases de ritmo y solfeo, y dos años después ya tocaba en conciertos juveniles y en giras por otros países.

16.

Sentado en una mesita de lámina, Santiago sorbía un humeante chocolate caliente mientras consultaba un mapa de carreteras de México. Al lado descansaba un plato con restos de tasajo y enchiladas en mole negro. No había logrado dormir del todo, en la noche lo habían atacado recuerdos de Renata. Pensó que el huir un mes de la ciudad, del trabajo y del ruido capitalino lo relajaría y le haría olvidar aquel fantasma. Todo lo contrario. La cotidianidad del trabajo, el negociar contratos multimillonarios o bien desvelarse hasta altas horas de la mañana hundido en su cuarto oscuro, llenaban su mente. Aquí, al estar alejado de todo, esos recuerdos se tornaban cada vez más ponzoñosos.

Estudió en el mapa cuál sería su siguiente destino. Llevaba casi una semana en la ciudad de Oaxaca y sentía que era el momento de emprender la ruta. Le hubiera gustado viajar sin rumbo, seguir las bifurcaciones que se le fueran presentando, al estilo de las novelas de Kerouac, pero su racionalismo de abogado le saboteara esos sueños. Tengo que tener un rumbo, pensaba, por lo menos una dirección. Sur, iría hacia el sur. Chiapas, Campeche y después Yucatán. Había algo inexplicable que lo atraía hacia Yucatán, la tierra de la familia de su padre. Mérida, la ciudad que vivía constantemente en su imaginario. Llevaba años sin ir a Mérida. A raíz de la muerte de su abuela paterna, Mérida se había hundido en su mente con un gran barco cargado de memorias infantiles. Quería recordar la nostalgia del pasado, los veranos en Progreso, las tardes que había pasado en compañía de su abuela, tomando el fresco, tumbado en una mecedora de madera que crujía, con un vaso de agua de chaya recién hecha.

Dobló el mapa con cuidado, pagó la cuenta y se dirigió al baño con paso firme. Todos necesitamos rumbo, pensó Santiago frente al mingitorio.

En su travesía hacía Mérida, Santiago hizo algunas paradas, no quería manejar demasiadas horas seguidas y no tenía prisa alguna. Prefería vagar por las carreteras, detenerse en las distintas poblaciones que iba cruzando a tomar fotos, a comer con calma en alguna fonda en el camino. En San Cristóbal de las Casas se quedó varios días. Era la primera vez que conocía este lugar. Diversos objetos capturaron su lente: Las casas de adobe, los altares de las pequeñas iglesias que reflejaban el sincretismo de las religiones prehispánicas y occidentales, las botellas de cerveza arrumbadas en el rincón de una cantina. Sabía que algunas comunidades eran muy sensibles y no deseaban ser retratados. De todos modos, a él no le interesaba fotografiar personas, sentía que invadía su espacio y que las imágenes no le pertenecían. "Robar el alma", había escuchado alguna vez. Ojalá y alguien me robe el alma, pensó Santiago, mientras respiraba hondo con un gran dolor en el pecho. Quiero que alguien me robe el alma para siempre.

A lo largo del viaje, Santiago había coleccionado imágenes de altares de carretera. Le gustaban las pequeñas cruces de madera pintadas en blanco con el nombre del difunto, los altares decorados con papel picado o flores marchitas en botes de aluminio. Se propuso detenerse cada vez que veía esos templos minúsculos. Muchos de ellos se encontraban en lugares peligrosos, a la orilla de curvas cerradas o al borde de precipicios. Santiago tenía que avanzar varios metros, orillar el coche en algún estrecho acotamiento, tomar su cámara y dirigirse con cuidado hasta llegar a esos lugares. Le gustaba no sólo tomar

fotografías de tumbas en dónde a veces sobrevivía alguna imagen, todavía sepa del difunto, sino imaginarse la vida de aquellas personas que habían pasado sus últimos instantes al borde del precipicio, que se deslizaba hasta el infinito. ¿Cuál habrá sido su último pensamiento? ¿Tenían a alguien que los estuviera esperando? Seguramente sí, pensaba Santiago, ya que por lo menos algún ser querido había plantado una cruz con su nombre o construido uno de esos altares como homenajes póstumos. Santiago tragó saliva y sintió cómo ésta pasaba amarga por su esófago. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se detuvo a mirar la barranca que abría sus fauces verdes de maleza. Si yo tuviera un accidente, pensó Santiago, tardarían mucho en localizar a algún familiar. Nadie sabía en dónde se encontraba en ese momento. Sólo él y sus cámaras, perdidos en el bosque, con el silencio más profundo de la orfandad. Y cuando alguien reclamara su cuerpo inerte, nadie construiría aquel santuario en su nombre, eso lo tenía claro.

El calor se volvía insoportable y el aire acondicionado de su golf no lograba refrescar el ambiente. Iba sobre una carretera que bordeaba la costa de Campeche. A ratos, Santiago miraba a su derecha y contemplaba el azul pálido del mar. Se detuvo al ver unas casitas con techo de paja en la playa. Se sentó en una silla de madera carcomida por el tiempo y la sal y una gorda con un delantal de flores, lo saludó y le ofreció algo de tomar. El gesto reblandeció a Santiago. Llegó su cerveza Montejo helada acompañada de un pequeño plato con ceviche de pulpo y totopos recién hechos. Esto es vida, pensó Santiago mientras observaba el mar que se tendía plácido ante su vista. La playa estaba vacía y sólo se escuchaba el ruido de las olas que reventaban sobre la playa y el aceite

hirviendo de la cocina en dónde estaba por salir un pescado frito. Si todo fuera así de sencillo, pensó. ¿Será feliz esta mujer que trabaja en esta fonda? se preguntó Santiago mientras le daba un trago a su cerveza.

Al llegar a la Ciudad de Campeche, Santiago se detuvo en una oficina de información turística. No conocía la zona, estaba exhausto de su larga jornada y quería orientación en cuanto a hoteles. Mientras esperaba en una pequeña antesala, tomó algunos folletos turísticos y los empezó a hojear. Uno en especial llamó su atención: una vieja hacienda convertida en un hotel de lujo.

Se limitó entonces a pedir indicaciones de cómo llegar a la hacienda y salió con paso firme del local de información turística. Era casi de noche cuando llegó a la hacienda. Respiró la humedad de la noche. Un camino de veladoras lo guió hasta la recepción. El cuarto era sencillo y lujoso a la vez. Cada detalle había sido cuidado, la hamaca colgada en un rincón de la habitación, una cama matrimonial con sábanas de lino, las toallas de algodón egipcio, una regadera con vista a la selva, una terraza con un pequeño *jacuzzi*. Aventó su ropa sudada al suelo. El chorro de agua caliente sobre su espalda. El techo de doble altura con vigas de madera. El olor a jabón fresco y barro. Al salir, se enfundó en una gruesa bata de toalla y se tiró en una poltrona en la terraza. Se quedó dormido varias horas hasta que el frío lo obligó a meterse en la cama.

17.

Después de una larga jornada de trabajo, lo único que motivaba a Joaquín era correr a su pequeño departamento en la colonia Roma y cocinar. Cocinar hasta el cansancio, hasta que la salsa quedara lo suficientemente espesa y brillante, hasta que los *soufflés* lucieran esplendorosos, hasta que el agotamiento lo obligara a tirarse en su sillón y pasar ahí la noche.

Había días en que Joaquín cocinaba tanta comida que hubiera servido a diez personas. Acomodaba los diversos platillos en el centro de la mesa y los iba saboreando poco a poco. Jacqueline Dupré tocando el concierto de chelo en E menor de Elgar. La música del chelo, grave, pausada, medida, perfecta, en total armonía con su comida. Gastaba más de la mitad de su quincena en la preparación de estas cenas, con ingredientes de primera calidad. Disfrutaba todo el proceso: Fotografiar sus objetos más preciados como quien va seduciendo a una bella mujer, para luego llevarla a casa y desnudarla poco a poco. En ocasiones le entraba un fuerte remordimiento. Su refrigerador desbordaba de comida que jamás podría acabar, sobre todo porque cada día lo asaltaba el incontenible antojo de cocinar platillos nuevos. Fue entonces como se le ocurrió un día tocar a la puerta de Estela, su vecina del piso de arriba. Era una chica joven y silenciosa que le sonreía amablemente cuando se cruzaban en las escaleras. Sabía que vivía sola ya que sólo escuchaba sus tímidos pasos crujir sobre la vieja madera. Llegaba casi siempre a la misma hora y se acostaba no más tarde de las diez.

- Hola, soy Joaquín tu vecino de abajo.

Estela se sonrojó cuando Joaquín le entregó una tarta de duraznos frescos y crema batida. Fue así como día tras días, Joaquín entregaba a Estela distintos platillos en un cesto de mimbre. Un día decidió invitarla a cenar a su departamento. Había colocado unas velas al centro de la mesa. Estela miraba asombrada la cantidad de platillos que desfilaban frente a sus ojos.

- No te invito a ver la cocina que es un verdadero desastre, le dijo Joaquín.

Se miraron largos minutos antes de empezar a comer. Empezó el ritual y ninguno osó hablar. La mirada de Estela lo decía todo. Joaquín sonrió al ver que alguien podía apreciar aquel festín.

- Todo es bellísimo y exquisito, se limitó a decir Estela.

Después del postre y al calor de las copas, Joaquín no podía quitar la vista del escote de Estela. Le faltaba sólo el tacto de esa piel, acariciar esos senos que se antojaban maduros como las ciruelas esa mañana en el mercado. Tampoco fueron necesarias las palabras. El flan había quedado en su punto.

18.

Jan pensaba en lo duro que había sido el cambio después de la revolución de terciopelo, mientras pasaba el detector de metales en el aeropuerto de Berlín. Le desesperaba la agitación de las grandes ciudades, sobre todo de una ciudad en dónde la gente iba y venía por las calles a toda velocidad. Los parques eran su respiro. Lo asfixiaban las tristes habitaciones de los hoteles de lujo en dónde se hospedaba y prefería ver un poco de verde y respirar aire fresco mientras tocaba. Mientras más frío hiciera, mejor. No soportaba el calor de los veranos y el otoño y el invierno lo inspiraban. El ver caer las hojas de los árboles o la nieve era un éxtasis, un sentimiento indescriptible que armonizaba perfectamente con los acordes de su chelo.

Jan recordó aquel día en el *Bois de Boulogne*. Era una fría mañana y el cielo cubierto presagiaba una nevada. Se cubrió con su grueso abrigo de lana y pidió a un taxi que lo llevara al bosque. Le encantaba caminar, sin embargo el peso del armatoste que llevaba lo obligaba a tomar taxis o camiones para desplazarse. Al llegar al bosque, buscó una banca en uno de los caminos flanqueados por enormes robles y se instaló. A los pocos minutos algunos visitantes del bosque se dirigieron hacia el lugar de dónde emanaba una música tan bella como aquella mañana gris de invierno. Era como si de pronto se hubiera detenido el tiempo y esas notas lo fueran todo. Volaban con el viento encantando a quien las escuchara. En unos minutos, Jan estaba rodeado por un amplio público que lo observaba atónito, casi sin respirar para no interrumpir aquel momento único, esa fusión de sonidos con el paisaje, en dónde los frondosos árboles, los pájaros y la tierra vibraban al ritmo cálido

de aquella música en una melodía sin fin que transgredía lo ordinario, que transformaba el mundo y las almas de esos hombres y mujeres bajo sus gruesas gabardinas y abrigos. Era como si de pronto todas las preocupaciones, la de la madre que sabe que su esposo alcohólico está tumbado en el sofá de la casa, el estudiante que fracasará en su examen final y será duramente castigado por sus padres, el hombre que se ha quedado sin trabajo y debe mantener a una familia de cuatro, se esfumaran por un momento, y esa música respirada, tranquilizara las almas por unos instantes, como un té caliente.

Algunas personas buscaban un sombrero o alguna caja en dónde poner algunas monedas y al no encontrar nada, seguían su rumbo después de esa pausa, de ese oasis de arte que podía estremecer hasta el último poro de la piel.

Cuando tocaba, el mundo se iba desvaneciendo ante los ojos del músico, todo se tornaba más tenue, los colores y las formas se difuminaban hasta desaparecer por completo. Veía sólo la música y su corazón que palpitaba con el rápido movimiento de su arco. Sus dedos se desplazaban con agilidad, dando pequeños saltos de una cuerda a otra, presionando suave o con más fuerza las cuerdas, extrayendo su esencia más pura. Había momentos en que los dedos se tensaban demasiado para después reposar unos momentos antes de ser llamados a apretar de nuevo.

Jan recordó que al terminar esa fuga, respiró hondo y un silencio estremecedor lo hizo voltear de pronto. Su vista poco a poco fue enfocando algunos puntos, y cuando alcanzó a ver las formas y colores del mundo cotidiano, percibió al público que lo rodeaba. No querían interrumpir y por una inexplicable inercia no se atrevían a romper con

aplausos aquel momento sagrado, hasta que el músico les diera alguna señal, algún indicio de cómo proceder. Jan puso de lado su enorme instrumento. Había dado la señal, el movimiento había terminado. Sonrió al oír esos aplausos tan distintos a los que acostumbraba escuchar en las salas de conciertos. Incluyó levemente la cabeza en señal de agradecimiento, sacó una botella de agua y bebió pausadamente. Estos encuentros le daban sentido a su vida, mucho más que los reconocimientos o los *encore* de las salas de conciertos.

Esta práctica se volvió común para Jan, sobre todo en sus largas giras mundiales. Eran su respiro, el encuentro con su música y el verdadero público, gente común.

Sabía que la música era como una droga, y por lo tanto debía afectar a cualquiera que la escuchara. Esa era su premisa. Debía tocar para transformar las almas de sus escuchas, arroparlos en esa nostalgia tan propia de su instrumento que abre hasta el corazón más endurecido.

19.

- ¿Le sirvo otro vaso de agua de horchata señorita?

Lucía había encargado a sus hijos con su madre, eran los únicos que le importaban en ese momento. Estarán en buenas manos, pensó. Sentada en una mesa bajo un flamboyán en flor, Lucía respiró la sombra que le ofrecía el frondoso árbol. El viaje había estado un poco pesado, pero ya nada importaba ahora, tan solo sorber su agua fresca y sumergirse en sí misma.

Esa noche, en compañía de una pila de libros y su *ipod* con música clásica, Lucía volteó a su alrededor y suspiró. Llevaba meses de no hacer el amor. Se había negado a jugar a la prostituta con su esposo, hacía tiempo que aquello no le provocaba placer alguno. Su deseo se había apagado poco a poco y sólo satisfacía sus fantasías a través de la imaginación. Suspiró mientras tomaba su libro y se recostaba sobre dos almohadas de plumas.

20.

Joaquín continuó con su trabajo como fotógrafo publicitario y maquillista de alimentos. El trabajo no le molestaba, a veces resultaba un poco tedioso, pero le daba buen dinero y sobre todo alentaba el monstruo insaciable de su perfeccionismo. Además, era la única forma de mantener a flota su pasión culinaria que cada día se iba sofisticando más. Joaquín ya no se conformaba con los ingredientes comunes, sino que buscaba en pequeños mercados del centro de la ciudad, los locales especializados que vendían frutas, verduras, carnes y demás a precios a veces ridículos. Pero cada elemento era para Joaquín un reto, una conquista diaria. Las formas, los colores, los olores, todo tenía que ser perfecto.

Un día, Estela, preocupada por no saber de Joaquín en semanas, entró con una llave que éste le había dejado para que regara sus plantas cuando estaba de viaje, y lo encontró tumbado en el sofá de la sala. En la cocina había al menos diez bolsas de ciruelas, muchas de ellas esparcidas por el suelo y la mesa. Cuando logró despertarlo, Joaquín con los ojos de sangre gritó desesperado:

-No encuentro ni una pinche ciruela para hacer mi tarta. Ninguna tiene la textura, el sabor y el olor que necesito.

Estela le acarició el pelo rizado y puso agua a hervir, mientras recogía las ciruelas regadas por el piso y las acomodaba en las bolsas de papel. No entendía la obsesión de Joaquín y le preocupaba verlo en ese estado. Sin embargo, no osó volver a tocar el tema. Notaba que Joaquín no lograba relajarse, ni siquiera cuando hacían el

amor. Alguna vez tuvieron que interrumpir el acto porque Joaquín volteó a ver el reloj y salió disparado hacia la cocina: Había dejado un minuto más unos *soufflés* en el horno. Lejos de ofrecerle una disculpa, le echó la culpa a Estela de haber arruinado un postre que llevaba días planeando. Estela se vistió y salió del departamento llorando.

En el trabajo sus asistentes le huían y en varias ocasiones su jefe estuvo a punto de correrlo por desplantes y gritos a todo el personal. Nada le parecía, nada le satisfacía. Sus amigos también dejaron de llamarlo e invitarlo. Se quedó solo. Solo con su fierecilla interna que no lograba domar y que cada vez le exigía más y más.

La última vez que se reunió con sus amigos fue un desastre. Habían quedado de verse en un restaurante mexicano. Después de quejarse amargamente con sus amigos por la elección de un lugar tan mediocre, Joaquín ordenó de mala gana al mesero una sopa que devolvió sin haberla siquiera probado, después de olerla y revolverla con una cuchara argumentando que el olor y la consistencia eran inadmisibles para una sopa de tortilla. Hizo lo mismo con el plato fuerte. Se limitó a tomarse dos cervezas e insultó al mesero cuando pidió un ate con queso, sería difícil fallar en dicho plato pensó, y éste le informó que no estaba en el menú.

- Tráiganme al chingado chef de este restaurante de mierda, vociferó Joaquín mientras golpeaba la mesa con el puño.

Sus amigos tuvieron que disculparse ante los meseros y demás comensales, mientras uno de ellos lo acompañaba fuera del restaurante.

A los pocos meses, lo despidieron de su trabajo. Roberto, su jefe, conocía bien el talento y creatividad de Joaquín. Su trabajo era minucioso y perfecto. Sabía que estaba dejando ir un verdadero talento. Sin embargo, las actitudes y desplantes de Joaquín eran intolerables. Ya no podía trabajar en equipo y en su último berrinche, aventó una *Hasselblad* de miles de dólares al piso.

Joaquín se encerró durante meses en su departamento. No salía más que para hacer compras de comida, de aparatos de cocina cada vez más sofisticados y de libros para cocineros profesionales. Su obsesión por la cocina era lo único que lo mantenía vivo.

Un día caminaba por el parque observando a la gente. Niños, perros, parejas de enamorados. Todo le parecía trivial, falso, asqueroso. Cerró los ojos y recordó aquel viaje a Nueva York y sobre todo el restaurante tan especial en el que había cenado. El simple recuerdo de las mesas perfectamente puestas, los olores y sabores de aquellos platillos, y sobre todo el color, la textura y las formas de esos paisajes culinarios, lo hizo estremecer. Le quedaban algunos ahorros, lo suficiente como para emprender el viaje. Podría quedarse en el departamento de su amiga Renata, aislarse unos días de la Ciudad de México, replantearse qué hacer con su vida.

21.

Jan era tímido e introvertido. Odiaba el tono de su voz y sentía que las palabras eran meros artificios para comunicar necesidades básicas: quiero ir a un parque, necesito un poco de agua o tengan cuidado, mi instrumento es muy frágil. Para todo lo demás, estaba la música. Era su forma de comunicarse, de expresar sus sentimientos, de ser él mismo y perderse en la soledad de su propio universo.

Con el paso del tiempo, Jan tomó consciencia de su personalidad obsesiva y perfeccionista, con un dejo de soberbia propia de cualquier artista, pero sobre todo de su amargura y profunda soledad. Había algo que anhelaba con fervor y que tardó mucho en descubrir. Alguien que se preocupara por él, alguien que lo estuviera esperando y le sirviera una taza de café, como solía hacer su madre.

Pertenecía a la orquesta sinfónica nacional de Praga. Ahí había tenido la oportunidad de conocer a algunas de las chicas de la orquesta. Había una en particular, Hannah, que le atraía y con la cual salió varias veces. Había sido pura atracción física. Sentía que el cuerpo se lo exigía, no podría concentrarse en su música. En los conciertos, procuraba no voltearla a ver, sentía que lo iba a desconcentrar y no podía permitirlo. Pero al final, cuando ya todo había terminado, la buscaba con desesperación con una sonrisa que anunciaba ya que pasaría la noche con ella. Hannah era un poco menor que él, tendría unos treinta años y era una mujer tímida, con una linda sonrisa y un precioso cuerpo que ocultaba en los tristes disfraces de concierto: blusa blanca hasta el cuello y larga falda negra. Jan sospechaba que detrás de aquella mujer silenciosa que como

él había dedicado su vida a la música, estaba la amante perfecta.

Sentado en la sala de espera aguardando la llamada de su vuelo de regreso a Praga, Jan se quedó mirando a una chica rubia de ojos verde aceituna y recordó aquel primer encuentro, el más erótico que había tenido en su vida. Fue como tocar un *adagio*, seguido de un *andante* y de un *allegro ma non troppo*. Jan había tenido algunas experiencias sexuales previas que le habían proporcionado el placer instantáneo, como quien come un sándwich para saciar el hambre. No tenía un particular recuerdo de aquellas ocasiones que se habían limitado a lo trillado, como cuando tenía que repetir una suite cien veces hasta encontrar el ritmo adecuado. Había abandonado esos furtivos encuentros durante varios años y prefería encontrarse en la soledad de su habitación. Pero con Hannah había sido totalmente distinto. Quizás lo atribuyó, más tarde, a que dicho primer encuentro fue espontáneo y planeado a la vez, y que Hannah había ya vivido en sus sueños.

Un día, después de un concierto en el *Shubert hall*, Jan la invitó a cenar. Las miradas se cruzaban, se decían infinidad de cosas con el simple parpadeo. No pidieron postre. La relación con Hannah se volvió adictiva. Buscaban cualquier ocasión para encontrarse, se había vuelto casi una rutina, como los ensayos. El suave candor de las caricias y los besos fue desapareciendo con el tiempo y al final, estos encuentros buscaban la satisfacción inmediata. Ya no había preámbulos, ni esperas, ni ansias de comerse al otro. Jan comprendió que Hannah era una mujer que nunca podría ser una compañera de vida. La música lo demandaba todo, y al igual que él, Hannah pasaba casi todo el día ensayando, en salas de conciertos y en giras. Al cabo de un

año que duró esta relación, Jan prefirió reinternarse en las profundidades de su chelo.

Jan se había mantenido lejos del alcohol. Recuerda que su padre y sus amigos solían frecuentar un bar en la calle de *Rotenstrasse*. Pocas veces escuchó a su madre quejarse de algo, ella era una mujer taciturna que tejía casi todo el día. En una ocasión, él y su madre cenaron solos, cosa que casi nunca ocurría. Para el padre de Jan la cena era un momento sagrado de la unión familiar, el espacio en dónde podía ser servido y saborear una sopa caliente y un estofado de col sin ser molestado, oler el panqué que su mujer preparaba casi todos los días y del cual siempre guardaba un trozo para la cena. La madre fruncía constantemente el ceño y Jan la oía sollozar cuando iba a la cocina a dejar los platos sucios.

Ya en su cuarto, Jan oyó pasos y gritos. Nunca se imaginó que su madre pudiera gritar de esa forma. Lo asustó oír ese tono de voz tan amenazante que contrastaba tanto con la voz suave y dócil tan característica de su madre. Esta escena se repitió varias veces y durante meses, Jan y Marenze cenaron solos.